

A aquellos angustiosos siguieron para Mauricio Villaescusa otros días de calma, sedantes, en que su espíritu, fatigado, hubo de adormecerse.

Los primeros soplos de las brisas primaverales esparcían ondas tibias por el campo. En el jardín empezaron á reverdecer las matas. La fuente, con su espumante chorro de agua cayendo sobre el tazón, parecía cantar la alegría de la Naturaleza bajo la caricia tentadora del sol. Sentíase el germinal de la tierra fecundada por el calor; el estallido imperceptible de los nuevos brotes, que verdeaban sobre la negra corteza de los troncos; el rejuvenecimiento de las cosas y de los seres, no bien había desaparecido la última hoja seca, y los pájaros, en la maleza, comenzaban á lanzar al viento sus gorgoros de amor. En el pueblo, de ordinario triste, y que aun más lo era durante el invierno, despertaba la vida, una vida jubilosa. Hablábale de paseos campesinos; las viviendas vacías se ocupaban; en el mercado y en la parroquia veíanse los transparentes rebozos de seda envolviendo el airoso talle de las mozas.

Y Mauricio contemplaba este resurgimiento, sonriendo, como un convaleciente que vuelve á la salud á medida que la sangre tibia corre por las venas, colorea las mejillas y tiñe los labios. La tranquilidad de los días presentes dulcificaba un tanto el amargor de los pasados. Asombrábase al ver que, después del rudo desengaño, la indiferencia restañaba sus heridas; que se saturaba del plácido ambiente de aquel hogar, antes abandonado, y sentía contento grande cuando Nita, en-

lazándole con sus brazos flacuchos, le besaba dulcemente en los labios, con un beso de perdón y de reconocimiento, semejante, por su mansedumbre y callado regocijo, al halago del perro que celebra el retorno del amo.

—¡Ah, pobre musa, pobre musa, cómo has sufrido y qué buena eres!—decía hundiendo la rizada cabeza en el débil pecho de ella.

Y cuando tales palabras escapaban de su boca, hacíase mentalmente la promesa de no volver á encaminar sus pasos por la antigua senda. ¿A qué ir en busca del amor y de la dicha, si estaban ahí, en aquella mujercita adorable, llena de devoción hacia él, que le diera cuerpo y alma, y para la cual la existencia no era sino un eterno sacrificio por el hombre amado? Y correspondía sus caricias y hacía sonar en sus oídos la música de los viejos madrigales galantes, y por las noches, en la penumbra de la alcoba, sintiéndola palpitar junto á sí, estremecida de deseo, hartábala de promesas, confiándola sus sueños de gloria, de felicidad á su lado. Escribiría muchos libros; la prensa, estancada ahora en un noticierismo estúpido, abriría entonces sus puertas á los literatos. Daríala dinero á manos llenas, y dentro de muchos años, cuando su nombre, en alas de la fama, resonase en el mundo entero, los dos, viejos, morirían en la dulce calma de un retiro lujoso, amando sus canas y sus arrugas, como antaño amasen la frescura de sus mejillas y el oro de sus cabellos.

Nita reía con estrepitosas risotadas. Era Mauricio el mismo niño de siempre, tan fácil al entusiasmo como á la desesperanza. Apretándose contra él, con los labios puestos en sus oídos, díjole una vez:

—¿Sabes lo que yo quisiera mejor que el dinero, y tu gloria, y todo lo que me estás profetizando?

—¿Qué?—preguntó Mauricio, estupefacto de verla tan ambiciosa.

Pero Nita no contestó luego. Con voz trémula, acercándose todavía más al amante, repuso:

—Quisiera... Quisiera un hijo, un hijo que llevara tu nombre...

Villaescusa, atónito, pudo observar, al suave fulgor

de la lámpara, que se cubría el rostro con las manos, avergonzada. Era aquella la primera vez en que manifestase tales anhelos. Antaño, se había consagrado á él, vivía para él, sin imaginar siquiera que ser alguno pudiese compartir su amor, fuera de Mauricio. Mas, á decir verdad, los desengaños, las tristezas de los últimos meses, infundiéronla el miedo, la certidumbre casi de que el novelista se apartaría de ella para siempre, y en sus horas de soledad y de angustia, concibió la idea de que un hijo sería la liberación, el único medio de eternizar su amor y de eternizar á su amante.

—¡Oh, sí, sería muy hermoso!—murmuró Mauricio, dejando errar la mirada por el cielorraso de la alcoba.

A continuación, volviéndose á ella, en tanto que sus manos la acariciaban en la frente, hubo de agregar:

—¿Pero acaso no te basto yo?

Ella bajó los ojos, recelando que adivinara su temor. Recordaba en ese instante el día en que Villaescusa, después del paseo con la familia Zayas en Chapultepec, llorando como un chiquillo, se arrojó en sus brazos, y en un arranque de dolor, de sinceridad, de remordimiento, decidióse á confesarla la desventura de sus amoríos con la otra. Aun creía ver aquel rostro enjuto, dolorido, mojado en lágrimas, que imploraba perdón; aquellas manos que se tendían hacia ella con ademán suplicante de náufrago... Después, la reconciliación, el cambio de promesas, los juramentos mutuos de volver á la existencia antigua, y aquella larga sucesión de días en que Mauricio, ansioso de reconstruir el agrietado castillo de su ternura, parecía experimentar hambre de ella, sed de besos, una embriaguez de amor que le transformó en niño. Embargábala todavía el gozo de aquel momento. Había reconquistado á su poeta. Le había hecho suyo para siempre. En el futuro, veríase obligado á amarla, porque era ella el verdadero, el santo, el eterno amor, y fuera de ella no encontraría nada piadoso ni bueno. Sin embargo, reconocíase impotente para alejar de su ánimo una ligera sombra de duda. La visión de la cabecita rubia, de los ojos ingenuos del niño que sería carne de su carne, la obsesionaba.

—Sí; es verdad, me basta contigo. Sabes que en ti están mis esperanzas y mi cariño. A nadie más tengo en la tierra. Pero... ¿no imaginas que seríamos muy felices con un chiquillo? Uno, no más; pero muy bonito. Viviría conmigo siempre; yo me consagraría á él con toda mi alma: le vestiría, le peinaría. Por las noches, te aseguro que nadie podría separarme de su cuna hasta que no durmiera. ¡Y estaría tan lindo con sus ojitos cerrados, sus manecitas en cruz, sobre el pecho!...

Las últimas palabras murieron en sus labios lentamente. Había callado, absorta en un ensueño en el cual la mujer desaparecía, sustituida por el espíritu de la madre. Su cara, medio marchita por las penas, iluminábase, un fulgor intenso parecía animar sus pupilas. El ansia de la fecundidad, adormida durante mucho tiempo por la pasión egoísta, que no mira más allá de la correspondencia y la idolatría del amante, comenzaba á estremerla. Mauricio, conmovido, la estrechó en sus brazos. Con las manos sobre las sienes, echando atrás los rizos rebeldes de su cabellera, que olía á violetas, hubo de mirarla á los ojos y la besó con un beso largo, interminable, como si quisiera agotar su aliento, beberla, fundirse en ella. Una lágrima habíase desprendido de los párpados de la amante, dejando húmeda huella.

—¡Oh! sí, yo quiero un niño, Mauricio; un niño que nos haga querernos más, que te impida volver á ese gran mundo...

—¡No seas loca! ¿Crees que pueda volver á él, después de los desengaños sufridos?

La musa quedó pensativa por un momento.

—¡Quién sabe!

—¿No lo crees?

—Sí; te creo, te creo — afirmó, colgándose de su cuello—. Pero es tanto el horror que le tengo á esa alta sociedad, tantos los peligros, las miserias, las ambiciones, los apetitos que adivino en ella, que no puedo disimular el miedo...

El dolor, que todavía sangraba de la herida abierta, estalló en sollozos convulsivos que sacudían su cuerpo. Sus brazos agarrábanse á Mauricio con desesperación;

su corazón latía, acelerado; y en sus ojos se insinuaba una mirada de terror, del terror invencible de perderle. Era el suyo un arranque histérico; la crisis producida por una larga tensión nerviosa. Y Mauricio, compadecido, sintiendo en lo hondo una gran piedad, sofocó la explosión de angustia y de miedo á fuerza de reiteradas protestas.

—Yo te prometo no verla, no hablar más con ella, abandonar ese empleo, renunciar al periódico; ser tuyo, tuyo siempre, y de nuestro hijo...

Nita se calmó de súbito.

—¿Crees que podamos tenerle?

—¿Por qué no? ¡Sólo eso nos faltaba! Tú eres joven; yo lo soy también... Y nos queremos mucho... Vendrá, ¡ya lo creo que vendrá!

Reclinada en su hombro, sonreía. Y fué aquella noche el segundo epitalamio de sus bodas, en el misterio de la alcoba adonde llegaba, atenuado, el inmenso suspiro de la primavera.

Desde el día siguiente, la mansión del poeta apareció más linda, más ruidosa, como si á la par que la primavera en el dilatado valle, en ella entrase un vaho de frescor. Nita iba recobrando poco á poco sus encantos. En sus mejillas asomó tímidamente el carmín de antaño; enrojeció su boca pequeñita y sensual; con el aliño, su cuerpo redondeóse. Sólo que no era la misma de antes, la enlutada huérfana que Mauricio conociera en sus días de bohemia estudiantil: algo tenía de severo; su risa no era la ingenua de la mocita; su semblante había adquirido un tinte de seriedad, que se advertía hasta en los ratos de amoroso esparcimiento.

En el corredor cantaron los pájaros. Llenóse nuevamente la pecera de agua cristalina. Del mueblecito japonés desapareció el polvo de los días aciagos. Pero si sensible era la transformación de las habitaciones, más lo parecía la del estudio. Mauricio había tornado á sus libros, á sus cuartillas, á sus viejos muebles. Reinaba ahí el espíritu del poeta. Apresurado, no bien terminaba sus tareas en casa de don Luis Zayas, volvía á la suya y en él encerrábase. Sólo dos veces, en el transcurso de

tres semanas, vió á María Luisa. Ambos se esquivaban. No entró ella más al cuarto de trabajo de Villaescusa; ni siquiera en la sala dejó oír las melodías favoritas de Schumann. El, por su parte, negóse en adelante á aceptar invitaciones de ningún género; limitábase á cumplimentar fríamente á doña Luciana y al director.

Un día de tertulia, la señorita Zayas, á instancias de su padre y en presencia de éste, le invitó á que concurrese por la noche.

—Gracias; perdóneme usted, pero me es imposible —dijo sin titubear—. En casa hay alguien que necesita de mí...

Quedóse don Luis intrigado de la respuesta, y más aún de la palidez de su delicado retoño al oírla. Y no menor sorpresa recibió el mancebo al sentir que la diestra de María Luisa temblaba al estrechar su mano cuando se despedían.

Pero se marchó impasible, tranquilo, orgulloso de su proceder. Todo el empeño que antes pusiera en agradarla, poníalo ahora en fingir desdenes. Lo cual le envanecía, porque era un tributo más ofrecido á su mujercita, á la musa que ahora, en su morada, traginaba como nunca, solitaria, sin otra ilusión que la de recibirle, no bien subía la escalera de cuatro en cuatro peldaños, con una sonrisa de alegría melancólica y dulce.

A principios de Marzo intentó trabajar. Quería ponerse á la obra con tesón; escribir una segunda novela que refrescase los lauros obtenidos con *Dos almas*, los cuales hallábanse á aquellas fechas un tanto marchitos.

—¡Si yo tuviera un tema!...—dijo cierta mañana á Nita al entrar en el estudio—. ¡Con cuánto gusto trabajaría!

Ella le miró á los ojos, como si dudase. Se había amortiguado un tanto su antigua fe. Apercibióse Mauricio del silencio que guardaba, y hubo de interrogarla con tristeza:

—¿Piensas que no podré?

—Sí, sí; ¿por qué no?—respondió la musa, inquieta, temerosa de haberle hecho daño—. Sí podrás. ¡Ya lo creo! Con voluntad y talento... Y tú tienes talento. Yo me siento orgullosa de él. Escribe, escribe...

Y salió de puntillas, luego de acariciarle en la barba, evocando así los lejanos tiempos en que emprendiese el amante la primera gran labor literaria de su vida. Pero su risa de pilluela, su alegría bohemia, no estalló en la alcoba, como antaño, cuando ella participaba de sus entusiasmos. Se había marchado en silencio, quedo, muy quedo; no se reflejó en sus ojos la chispa animadora que constituía la emulación de la musa para el poeta.

Y eso turbó el alma de Mauricio.

Permanecía de pie, inmóvil, clavado en el mismo sitio, mirando al suelo, fruncido el ceño, los brazos cruzados sobre el pecho. Por la ventana abierta penetraban brisas aromosas y tibias. Alzó los ojos, dejándoles errar por el lejano horizonte. Suspiró. Luego, pensativo, empezó á recorrer la pieza de un lado á otro. Un pensamiento torturador, angustioso, taladraba su cerebro.

Fatigado, dejóse caer al fin en el diván, ante la Venus que se erguía sobre la mesa, inmaculadamente blanca. Sentíase laxo, enervado, como si su entusiasmo y sus deseos de trabajo de poco antes hubiesen cesado de pronto. Con un gesto de decisión en el semblante, se encaminó á la mesa, sentándose en el viejo sillón. Ahí estaban las cuartillas limpiísimas, de una nitidez que ofendía sus ojos de infecundo, amontonadas al alcance de su mano. ¡Una novela! ¡Escribir una novela! Tan sólo la idea de emborronar centenares de aquellas cuartillas, de vaciar en ellas su cerebro, le horrorizó. ¡Dios santo, cuán ruda la faena! Mas ¿por qué no intentarla? ¿Acaso no había llenado él trescientas páginas? Le pareció inverosímil, y con el propósito de convencerse, dirigióse al estante próximo y estuvo hojeando su primer libro. Reanimado, henchido de confianza en sí mismo, tornó á la mesa. Cogió la pluma, escribiendo al azar títulos y más títulos. El deseado, empero, no salía. Entonces, con la cabeza entre las manos, inmóvil, meditó largamente. En su cerebro se desencadenó la tormenta de las ideas encontradas, de las ideas fútiles y grandes que chocaban, que corrían como torrentes de lava. Y lejos de saltar la chispa productora, no bien desaparecía la huella de su paso, hacíase el vacío. Dijérase que se

sucedían uno á uno los colores del iris; que todos los tintes, del rojo al violeta, coloreaban su mente, hasta fundirse en el gris.

Ebrio de impotencia y de rabia, se levantó. Volvió á medir la habitación con pasos precipitados. De súbito se detuvo: ante él, en un nimbo de claridad, destacábase la Venus mutilada, con un gesto divino de belleza en el rostro, los erectos pechos de virgen brindándose á la luz.

Contemplóla Mauricio angustiado. En un arranque loco de devoción, de amor, de ansia de esclavitud, precipitose á ella. Al abrazarla, parecióle que su cuerpo frío se animaba; que por él corría la sangre, cálida y vivificante; que su pecho desnudo se estremecía, como si escondiese un corazón. Frenético, la besó en los labios, en los ojos, en la frente, repetidas ocasiones. Sus besos fueron desgranándose luego por el cuello, por entre los senos, por las ropas, hasta llegar al diminuto pie que asomaba discretamente bajo la leve vestidura... Estaba de rodillas, y así permaneció mucho tiempo, unido á la estatua, en tanto que sus labios, estremecidos, daban paso á un murmullo, á un murmullo que parecía plegaria.

Cuando volvió á la mesa de trabajo, un tanto aliviado, hubo de luchar de nuevo, terca y obstinadamente, contra se propia esterilidad. Lucha inútil, que hacía correr por la palidez marmórea de su frente gotas de sudor. Al cabo arrojó la pluma, desgarró las cuartillas, que se esparcieron en mil fragmentos por el estudio, y estalló en sollozos, en sollozos convulsivos, que sacudían su cuerpo y en vano quería sofocar, con el rostro hundido entre las manos.

En la estancia, lentamente, bañando en polvillo de oro la alfombra, penetraba el sol...

Sonaron en el reloj las once, con un tintineo argentino que se esparció por la habitación como risa de chielos. Chirrió la puerta... Nita estaba ahí, de pie en el umbral, mirándole. En su semblante reflejóse primero la sorpresa; la compasión después. Presurosa corrió hacia Mauricio, le estrechó en sus brazos, le oprimió hasta donde alcanzaban sus flacas fuerzas.

—Dime, ¿qué tienes? ¿Por qué lloras? ¿Por qué?

Villaescusa alzó el rostro extenuado. De sus ojos enrojecidos brotaba una mirada de dolor y de cansancio. Algo quiso decir, pero ahogado todavía por las lágrimas, hubo de limitarse á mostrarla, con un gesto, las cuartillas hechas pedazos.

Nita reprimió un estremecimiento de regocijo. La intensa sensación del triunfo sobre la esterilidad del amante, la poseía. De meses atrás había muerto la musa como un pájaro caído del nido sobre la nieve. Sólo vivía en ella la mujer, la mujer enamorada de su hombre, la mujer egoísta de sus caricias; la que le quería para ella y experimentaba celos, celos desgarradores de todo y de todos. En otro tiempo habíase conformado con ser un complemento del arte de Mauricio. Era la musa de ensueño que le guiaba por la florida senda, compartiendo sus besos con el amor á los libros y á la pluma, que se fundían en uno solo en el alma del poeta. Pero no bien el fruto sazonado de aquellos amoríos se ofreció al mundo en las páginas del primer libro, de aquel libro que encerrara el espíritu de los dos estrechamente unido en la comunión del arte, Nita comprendió que la arrebatában á su amante; que si podía hacer suyo, eternamente, á Mauricio hombre, nunca lograría retener al novelista consagrado por la común adoración, por el extraño agasajo, por el esplendor y el oro de aquel mundo que le llamaba á su seno como figura decorativa que competía con los buenos cuadros y los muebles lujosos.

—¡Ay, Nita; no puedo, no puedo ya! Me veo y no me conozco. ¿Dónde está mi viejo entusiasmo? ¿Dónde mi facilidad?... ¿Dónde?... ¿Dónde?...

Sus ojos extraviados vagaban por el cielo inmenso que se extendía más allá de la ventana, mientras que la joven, silenciosa, absorta ella también en hondos pesares, no cesaba de mesar sus largos cabellos. Y como un chiquillo tornó á llorar, abrazándose á ella, mojado sus manos blancas con lágrimas.

—¡Estoy perdido, Nita! ¡Estoy perdido! El arte constituía mi única esperanza... Aconséjame, dime lo que debo hacer... Tú, sólo tú puedes salvarme...

Ante aquel grito de dolor, la musa vaciló, y su regocijo se desvaneció como la bruma asaeteada por el sol. Ofrecíase ante ella la disyuntiva irremediable. ¿Qué hacer? ¿Avivar en el amante la pasión del arte; abrirle paso con su amor y sus palabras, para que caminase derecho al triunfo y quizá la olvidara, ó por el contrario, apartarle de la senda, anudarle, encadenarle para siempre á ella, á su obscuridad, á su egoísmo amoroso? Breve, pero tremenda fué la lucha. El buen éxito era para Nita sinónimo de abandono. Ahí, en sus brazos, aterrizado ante el vacío cerebral, herido mortalmente en su orgullo, estaba el amante, su Mauricio, en quien ella podría revivir al artista ó anonadarle. Despertábase en la musa infinita piedad por su propio amor en peligro, por su corazón atormentado en cruentas luchas; mas, asimismo, una inmensa compasión por el poeta próximo á extinguirse, por el artista que no pasaría del primer peldaño, la subyugaba, la vencía.

—¡Nita! ¡Ayúdame! ¡Ayúdame!

Desfallecida, sintiendo que algo se desmoronaba dentro, que el viejo torreón de las ilusiones venía al suelo, decidió sacrificarse. Era la musa bohemia, la pobre amorosa que venía del pueblo, de la obscuridad, y á la obscuridad y al pueblo tornaría. Su abnegación de víctima se agigantaba en aquel instante junto al amor mezquino del artista. Era grande, más grande que él, más grande que su obra futura, porque era divinamente humana.

—¡Arriba! ¡Adelante, niño tonto! Tenga usted valor, y ¡á trabajar!—dijo riendo, con una risa jovial que alborotaba á los gorriones del árbol vecino—. ¿Me crees sincera? ¿No piensas que te digo la verdad, querido de mis culpas? Pues no desconfíes de ti mismo. Tienes el talento, y yo te daré la voluntad; ¡ah, sí!, te la daré...

Resplandecía en mitad del estudio lleno de sol. Irradiaba vida y esperanza de sus pobres mejillas enjutas; de sus pupilas, tan cariciosas para la mirada; de sus labios, tan suaves para el beso. Y Mauricio, súbitamente rejuvenecido, ebrio de fe, la abrazó locamente, como antes abrazara á la estatua.

Fugaz hubo de ser, sin embargo, aquélla. A partir del día siguiente púsose al trabajo, alegre, decidido, animado por Nita, mientras que ella, en el interior de la casa, desempeñando sola los femeniles quehaceres, tarareaba una cancioncilla triste. Mas presto arrojó la pluma, desconsolado. Convencíase de haber perdido su finura de observación, su serenidad para ver y pintar las cosas, su estilo colorido, desbordante de vigor, pleno de frescura. El cuento que comenzara á fin de adiestrarse antes de emprender una labor novelesca seria, parecía escueto, rígido, incoloro. ¿Le habían robado acaso, por arte de sortilegio, sus dotes artísticas? Pensando en ello, aunque sin rabia, como el día antes, se tendió en el diván. No le convulsionaba ya aquella irritación peculiar en él en sus ratos de impotencia: sentíase abatido, enervado, débil, sin gana de pensar, como si la pereza, ganando sus miembros poco á poco, le sumiera en una atonía profunda.

Nita, ansiosa de darle valor, ingeniaba paseos. Por las noches iban á la huerta, cogidos del brazo, en silencio. Perdíanse en las callejas solitarias, limitadas por toscos muros, tras los cuales se percibía el muelle estremecimiento del follaje, como suspirar de tiorbas lejanas. Algún perro, ladrando, les saltaba al paso. Desde el umbral de las puertas de las casuchas, hombres embozados respondían á su saludo con un «buenas noches» murmurado entre dientes. Y cuando cansados, aburridos de andar, regresaban á casa envueltos en la claridad blanca de la luna, bajo los árboles, Mauricio, absorto en la evocación del pasado, inclinábase á su oído y decía, quedo, versos de Musset, que ella vagamente comprendía; suaves estancias de Gutiérrez Nájera, que iban á desvanecerse en la brisa, olorosa á musgo.

El jueves que siguió hubo de inventar ella que concurriesen á la tertulia de los Méndez, de meses atrás abandonada. Insistía, procurando vencer la tenaz negativa del amante.

—Vamos, vamos. Ahí podrás distraerte. El capitán si que tan bromista como siempre. Don Alejo, bien lo sabes, nos recibirá con mucho gusto. Charlarás con Nela...

—¿Para qué? Es mejor estar solos... solos siempre... Y hasta que se puso triste, cedió Mauricio al ruego de sus ojos, más que al de sus labios.

Cuando entraron, Jacobina, en la mesita del centro, servía el té. Don Aquiles Toro y don Alejo saboreábanle, departiendo sobre manoseados temas. Lupe, en el piano, tocaba un vals lento, apenas suspirado por las teclas al contacto imperceptible. En el rincón, Nela sonreía á las chirigotas del veterano. La lámpara, entretanto, desparramaba en derredor una claridad suavemente velada por la pantalla roja que la cubría.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Con doscientos mil pares de demonios! ¡Los desertores vuelven!... Lupe, toca la diana... —gritó el capitán, incorporándose á duras penas en el sillón.

Fué una tempestad jubilosa, desencadenada de pronto en el ambiente apacible de la salita. Don Alejo precipitose á saludar á Mauricio; Jacobina quitó el chal á Susana; Nela se puso en pie: palmoteando, avanzaba á tientas hacia los recién llegados.

—¿A qué debemos tan señalada honra?... —preguntaba el bueno del farmacéutico, frotándose las manos.

—¡Nita! ¡Nita!

—A tiempo llegan ustedes. Esto comenzaba á desanimarse.

Y en medio de aquel bullicio, sólo Lupe permanecía callada, sonriendo apenas con una leve contracción de los labios, congojosos los grandes ojos negros, empalidada su faz de morena sensual. Estaba inquieta. A menudo, discretamente, salía de la habitación. Escuchábase entonces el chirrido vago de los goznes de la ventana, y poco después volvía ella á sentarse, respondiendo apenas, con inconsciencia de sonámbula. Decíase que Gustavo Arenas hubo de sorberla el seso; circulaban por la vieja casa rumores de matrimonio. Pero de ellos los extraños casi no se dieron perfecta cuenta. Nita sabía, eso sí, por boca de la doméstica, que el teniente pelaba la pava con harta frecuencia; que don Alejo hacía la vista gorda; que el capitán apadrinaba tan simples amores y que sólo Juanito mirábalos con

malos ojos. Cada día veíanle más palidueho y cariacontecido, y malas lenguas contaban que por las noches, luego de cerrar la farmacia, ibase por esas calles de Dios, absorto en sus cuitas. Pero lo único cierto, lo único de que Nita tenía la vislumbre de aquel vulgar drama de familia, era la tristeza de la ciega, su resignada melancolía, traslucida en sus charlas, por las tardes, en el jardín; en sus facciones, que se afinaban, y en su cuerpecito más y más flaco á medida del transcurso de los meses.

Jacobina sirvió una taza de té á Mauricio, con su gracia tímida de mujer de treinta años. Entre sorbo y sorbo, inicióse el interrumpido palique. La musa, en un rincón, charlaba con Nela. El capitán Toro chaceabase con Lupe á propósito de su noviazgo, sin importarle un bledo el rubor de la moza ni los carraspeos insinuantes del farmacéutico.

Pero Villaescusa entibió de pronto el general alborozo, interrogando á don Alejo sobre la veracidad de la noticia poco amable que le diesen en el pueblo.

—Me dicen—afirmó—que va á establecerse una nueva botica...

—Es verdad—dijo él con voz serenamente triste—. ¡Qué quiere usted! Se lucha con los viejos...

—¡Animo, Alejo; no te amedrentes, no señor! A la edad que tengo, no vacilaría yo en tomar un fusil. ¿Y por qué no habrías de ser tú el que tras de un mostrador combatiera con el intruso que pretende arrebatarte el pan? Esto es más sencillo, ¡qué caray! mucho más simple...—gruñía don Aquiles, acariciándose la panza.

Y pasaron las horas.

En el viejo reloj escuchóse el campanilleo argentino de las doce. Lupe acababa de desgranar en el piano el último acorde de un nocturno; la voz de Nela dejábase oír en la salita como un murmullo. Villaescusa se puso en pie. Despidiéronse los dos amantes. Al salir, vieron en el jardín una furtiva sombra: era Juanito que tor-naba presuroso á encerrarse en su cuarto.

En la alcoba, Nita, mirando á Mauricio fijamente, le preguntó:

—¿Estás cansado?

—Sí, ¿para qué negártelo?—repuso, bostezando de hastío.

Los últimos días de Marzo fueron para el artista intolerables. Lamentábase de singular cansancio; de un hondo aburrimiento de los seres y de las cosas. No trabajaba ya. ¿Para qué? Sorprendíanle las horas vagando por la casa ó adormilado en el diván azul. Tentado se vió, en no pocas ocasiones, de reanudar su antigua vida. Pero un resquemor deteníale: pensaba en la musa, en sus juramentos, y á pensar suyo, una frialdad profunda hacia la familia Zayas habíase infiltrado en su espíritu.

Nita le escudriñaba atenta. Con obstinación seguía sus movimientos y miradas; pesaba sus palabras; medía la intensidad de sus caricias. Lentamente, la duda volvía á obsesionarla. Aquel puntito negro de temor que aun la restase á pesar de los juramentos del mozo, íbase agrandando, poco á poco, ensombreciéndola, borrando á cada hora el matiz rosa de ilusión de sus sueños. Mauricio no la pertenecía ya. Había muerto el chico de los finos mostachos rubios que uniera su amor ingenuo por las letras al de la muchacha encontrada un día en un rincón de pobreza y de silencio. Este de hoy, contaminado por las mundanas ambiciones, que perdiera la fe en la labor sin finalidad material alguna, no era el suyo, el otro, al que se entregara en un instante de vértigo amoroso, de olvido de sí misma. Y el ansia del hijo por venir; el anhelo arcano de la esposa que quiere ser madre, hubo de hostigarla. Por las noches, estremecida, sin placer, fija en su mente la idea salvadora, se abrazaba á él. Pero nada de anormal anunciábale la llegada del querubín de los cabellos de oro y de la boquita roja. Y entonces, á solas, lloraba anticipadamente su abandono, la angustiada odisea de soledad y de hambre que quizás la esperase. Y el dolor la minaba día á día: hundíanse sus mejillas; halos violáceos circundaban sus ojos...

Pero firme en su puesto, aunque abrigando la convicción de que la fecha de la temida ruptura estaba próxima, seguía representando la comedia del amor y de

la gracia, sonriéndole, acariciándole con suavidad felina, insistiendo sobre la grandeza de su obra de arte futura, en la cual no creyese ya. Y Villaescusa se desconcertaba, inquieto, lleno de titubeos, vislumbrando el sacrificio, acallando los gritos de la voz interior que le decía: «Vete, vete; eres extraño aquí.» Esbozábale de nuevo en su imaginación junto á Nita, cuando la escuchaba ó al mirarla, la silueta atrayente de la otra. Volvían á obsesionarle su olor, el aroma que vagase siempre, errante, en el coqueto estudio donde á la sazón concluía el libro de don Luis; el fru-fru acariciador de sus faldas, que en ocasiones, rando, pasaba frente á la entornada puerta... Pero lo que le enloquecía, lo que hacía soplar en su alma, que él creyese helada de indiferencia, un hálito de pasión; lo que le reconquistaba irremediabilmente, era observar el empeño de María Luisa en agradarle; empeño discreto, apenas bocetado, traducido en ademanes y en guiños, en invitaciones repetidas sin temor al desaire.

Una tarde, al rematar su labor, que al fin se impusiera por todo el día, ya que de obras propias no sentía el culto y deseaba entregar pronto la ajena; una tarde, cuando, desperezándose, se puso en pie, envuelto ya en el claror gris que penetraba por el balcón, oyó muy cerca, ahí, á su lado, pared de por medio, la misteriosa, la amada melodía de Schumann, dicha tan quedo, que se hacía la ilusión de estar mirando el sutil rozamiento de los dedos sobre el teclado.

Extático, inmóvil, permaneció en pie. Desleíase su pensamiento de una sensibilidad enfermiza; [la sangre corría por sus venas, golpeteándole las sienas; armonías celestes envolvían la divina que agonizaba blandamente en la habitación cercana.

Estaba reconquistado, muerto para la musa.

Hubo de comprenderlo así al salir, cuando estrechó, con apretón efusivo, la diestra de la hija del director, que le despedía en la escalinata del jardín.

Nita lo adivinaba todo, á pesar del tesón que él pusiera en ocultárselo, henchido de piedad para la que, no obstante su nueva pasión, considerase como la buena y

cariñosa amiga. Nita, en ausencia de él, paseaba su dolor por el nido, desesperada y lacrimosa á veces, rígida y sin llanto ótras, convencida de la inutilidad del esfuerzo ante el destino.

—Esta noche llegaré tarde—anunció Villaescusa un sábado, á la hora de comer—. Van á dar en el Arben tres audiciones de *Lohengrin*, en las que cantará el tenor De Marchi, y no quiero perderlas.

Ella se quedó mirándole de hito en hito, clavada de codos sobre la mesa. Bullía en sus adentros un deseo, un anhelo brumoso, indefnido.

—¿Quieres llevarme?—dijo sin quitarle los ojos de encima.

Turbóse el novelista. Luego, encogiéndose levemente de hombros, balbuceó:

—¿Tú?... ¿Deseas ir?... Es raro... ¡Pero si nunca te ha gustado el teatro!...

Nita repitió en el mismo tono, mitad imperioso, mitad suplicante:

—Bien; ¿quieres llevarme?

—Mira... Te diré... Es difícil ahora...

—¿Por qué?

—Necesito estar en las lunetas. Tú sabes: los periodistas...

—Perfectamente. Allí irás.

—¿Y tú?

—Me quedaré en la galería.

Villaescusa se retorció los rubios mostachos, indeciso. Ella, no pudiendo reprimir más la ira, ansiosa de dominarle, siquiera por la primera vez en su vida, gritó, poniéndose en pie:

—¿O es que te avergüenzas de mí? No voy al teatro porque no me llevas nunca. ¡Es inhumano! Mientras tú te diviertes, mientras tú gozas, yo estoy aquí, sola, sola, sola... Y quiero ir, sí; quiero ir porque tengo derecho, porque aunque los demás digan lo contrario, soy tu mujer...

Saltábansele las lágrimas, y una crispación nerviosa la sacudía. El, á su pesar, tuvo que doblegarse ante la cólera terrible, imponente, que irradiaba de aquella

mujercita erguida, temeroso del escándalo, de la escena dramática que rehuía siempre.

—Bueno; irás, irás... Y basta ya. ¿Para qué encolerizarnos? ¿Para qué?

Arrepintiéndose Nita de su enojo al ver la humildad con que acatase sus designios. Ganas la dieron de negarse á concurrir aquella noche al teatro; pero en su ánimo sentía el mismo nebuloso deseo de por la mañana; deseo de amor, capricho de mujer celosa. Y fué por eso por lo que, cogiéndose del brazo del amante, bien envuelta la cabecita en el chal, se encaminó á ver aquella ópera cuyo nombre cosquilleábale los oídos.

Sonaba en el pórtico la segunda llamada, cuando subieron las escaleras que conducían á la galería. En pequeños grupos, los concurrentes charloteaban, mirando el desfile de linajudas damas, que dejaban al pasar una estela de perfumes. Ya dentro, cuando se acomodaron entre la muchedumbre, Nita sufrió un deslumbramiento: la sala, blanca, fulguraba espléndida. Multitud de globos eléctricos desparramaban en torno viva claridad. Abajo, en las butacas, bullía abigarrada turba culebreando por los pasillos, sentándose unos con ruido de asientos, dirigiendo otros los gemelos á las localidades altas. Se cruzaban saludos y sonrisas. En la orquesta oíase el rumor confuso de los instrumentos afinados por los músicos; el quejido leve de la flauta, el sollozo entrecortado de los violines, el gruñir de los contrabajos, el sordo lamento de los cornos... Y á tal rumor, ondulante, en el que á veces flotaban fragmentos de melodías, mezclábase el del público, agitado, impaciente, ansioso de que la representación diera comienzo.

Nita, medio adormecida, esperaba. Villaescusa, á su lado, permanecía serio, impasible, mirando á ratos con el rabillo del ojo hacia los palcos.

—¿Estás descontento?—interrogaba ella, con una voz en la cual advertía el amante un dejo de arrepentimiento y ternura.

—No, no...

Iba la musa á replicar; pero Mauricio hubo de contenerla con un gesto, mostrándole la orquesta que había

callado. El maestro subía en aquel instante á la pequeña plataforma que le hacía destacarse de la masa de ejecutantes.

Luego de haber hojeado la partitura, dió un golpecito de batuta en el atril, que se escuchó distinto, enérgico, en el silencio que reinaba ya en la sala, y suavemente, con una suavidad alada de brisa, esparciéronse las primeras notas del prelude.

Era el tema místico del Graal, que se iniciaba en los violines, caricioso, lleno de unción. Tenía la casta pureza de un beso de virgen; la solemnidad de una plegaria murmurada á flor de labio, bajo las bóvedas de una catedral... Despertaba en el alma intensos deseos de orar; arrancaba á los ojos vapor de lágrimas; hacía surgir, merced al colorido de la música, que poco á poco fué adquiriendo sonoridades épicas, las regiones de Monsalvat, con su templo de oro, que encierra el sagrado vaso cuyo esplendor, año por año, viene á renovar la Paloma simbólica, y que los caballeros de regia armadura guardan... Poco á poco, cesaba el susurro blando de los violines. El *leitmotif* desarrollábase ampliamente; rugían los latones; las cañas mezclaban al raudal de armonía una cascada de gamas que se fundían en el torrente de oro, desencadenado, turbulento, vibrante, con vibración de tempestad... Y de súbito, dijérase que sobre aquel campo de borrasca, sobre los pesados torreones del castillo del ensueño, por los altos ventanales del templo de Graal, soplaban de nuevo la mansa brisa del principio... Callaron los latones; los últimos acordes de las cañas perdiéronse. Tan sólo restaba ya el mismo tema inicial suspirado por los violines, de una castidad de virgen, que se desvaneció lentamente, dejando en el ánimo la impresión de un manso despertar.

Las trompetas de los heraldos sacaron á Nita del estado de semiinconsciencia que la produjese el prelude. El telón se había alzado ya. Sus ojos deleitáronse contemplando á la corte germana. A orillas del Escalda, á la sombra de la encina, rodeado de brabanzones y caballeros de Sajonia, de áureos cascos y bruñidas armaduras, impartía justicia el rey Enrique.

Hallábase la musa en pleno ambiente de leyenda. La fantasía del poeta fundíase en su propia fantasía; la fábula, envuelta en las gasas tenues del comentario musical, se desarrollaba á sus ojos con el colorido vago, borroso, de un lienzo antiguo. Oyó la acusación de Teramundo, sombría; el choque de las espadas al caer, no bien mandó el rey que Elsa, la presunta asesina del heredero de Brabante, se presentara. Y su alma estaba poseída ya, cuando la princesa rubia, de suntuosa vestidura blanca, hubo de aparecer en mitad del cuadro guerrero, con la frente baja, clavados en el suelo los ojos. Era ruborosa; era tímida. ¿Cómo pedirle que probase su inocencia, si la inocencia misma refulgía en las suaves pupilas?

Cuando Elsa invocó al paladín de sus sueños, en la oración impregnada de dulzura, estremeciése Nita. ¿No le había invocado ella también, en sus años de orfandad y de congoja? Y el paladín acudió al llamamiento. Allá lejos, en aguas del río, de pie en la barquilla conducida por el cisne, dibújase la silueta de Lohengrin. Es bello, con una divina belleza que irradia en el rostro de una nitidez de nieve, encuadrado por el casco centelleante.

Ya en la fresca ribera, Lohengrin suspira:

*Mercé mercé, cigno gentil!
Valica ancora l'ampio oceano...*

Y una música sobrehumana despidió al cisne, que de nuevo surca el cristal transparente y se pierde en el horizonte bajo el sol. Después resuena el himno del triunfo. Lohengrin llegó, venció, fué amado. Ahí estaba ella, reclinándose en su pecho de dios, ávida de protección y de caricias, mientras el acusador iba á ocultar la vergüenza de su derrota en países distantes. Lohengrin era de Elsa; Elsa pertenecía á Lohengrin. ¿No se apartarían nunca? ¿Sería su amor eterno, infinito?

—¡Oh! ¡qué lindo, qué lindo es esto!...—murmuró Nita al terminar el primer acto, no encontrando otra frase que tradujera su fascinación.

—¿Te gusta?—interrogó Mauricio displicente.

Estaba inquieto. Apenas si había hecho caso de la representación. Sus ojos, lejos de fijarse en el escenario, recorrían los palcos. Ahí descubría uno, el último de la izquierda, vacío. ¿Cómo? ¿No llegaba aún? ¿Habría desistido de concurrir á causa de haberse negado Mauricio á acompañarla con sus padres? Cavilando en ello, revolvíase en el asiento, sin hablar; respondiendo con monosílabos á las preguntas de la amante; negándose á abandonarla, durante el entreacto, á pesar de la insistencia de ella, que no cesaba de recordarle sus compromisos de periodista.

De pronto, en el palco surgió una cabecita de mujer, un busto esbelto, encerrado entre los pliegues de un vestido de tisú rosa, disimuladas las alburas del pecho en el velo transparente que cubría el escote. Una mirada de regocijo fulguró en las pupilas de Mauricio. Nita, que la sorprendiera, se estremeció de pies á cabeza al seguirla y columbrar á aquella señorita de aristocrático porte.

¡Era ella!

Primero experimentó rabia, una irritación profunda que ascendía del fondo de su pecho é iba á estrellarse contra la figulina grácil, medio escondida en el palco; luego una desesperación intensa, irresistibles deseos de llorar, que acallaron los acordes de la orquesta, cuando se alzaba de nuevo el telón y la historia sin ventura de Elsa mezclábase con la suya desdichada.

Presto hubieron de desbordarse, sin embargo, cuando á la luz de la luna, en la terraza del castillo, Elsa suspiró la plegaria. Era acariciadora, impalpable, y su melancolía envolvió el alma torturada de Nita, quien, á través de las lágrimas, veía esfumada en la penumbra la silueta de la rival. Ella las sentía correr, ardorosas, por sus nfanos. Reprimiólas cuando en el escenario constelado de luz apareció el cortejo nupcial. Empero su callado llanto se tornó en sollozo no bien hubo de desarrollarse la gran escena al fin de la cual los novios entran en la iglesia seguidos del cortejo. En el espíritu de Elsa germinaba la duda que la haría morir...

Estallaron aplausos. Ella enjugóse rápidamente los

párpados. De tiempo atrás experimentaba, junto al amante, el pudor de sus lágrimas.

Casi no hablaron. Villaescusa continuaba inmóvil en el asiento, mirando sin quererlo en dirección del palco. Nita fingíase distraída, mas no apartaba de éste los ojos. Asomaron las grises patillas del director de *El Siglo*. Después, una turba de caballeros desfiló: Augusto Miralles, Conti, Goytia, los amigos todos de la familia Zayas, que se inclinaban sonrientes sobre el hombro de la buena moza. Nita dióse perfecta cuenta del mal gesto que pusiera Villaescusa no bien vislumbró, á la luz del foquillo del palco, la testa engomada y lustrosa de un jovenzuelo flacucho, de lentes de oro montados con petulancia sobre la nariz. Era Gastón Riera.

Irresistibles deseos de bajar, de abandonar aquel rincón burgués donde se hallaba, apoderáronse del novelista. Le rebelaba la presencia del gomoso ante lo que él consideraba suyo por derecho de amor. Mas reteníale la musa, en cuyo semblante creía adivinar el descubrimiento del secreto. Breve fué, sin embargo, la lucha interna. Una sonrisa de Riera para María Luisa le decidió á tomar partido, el partido brutal, irreflexivo, que aconseja la pasión.

—¡Oh!—exclamó volviéndose á Nita—. Se me olvidaba... ¡Tonto de mí!... Allá abajo me espera un compañero. ¿Me permites? Un momento, un momento no más.

Ella no respondió palabra. Sin un gesto, lívida, le vió ir. Minutos más tarde descubrióle en un rincón del palco. Hablaba con María Luisa: ambos reían. Y fué entonces cuando la desesperanza la poseyó, al percatarse de la fascinación que ejercía sobre él. ¡Era muy hermosa, sí, é imposible el triunfo! Y á esta sensación siguió la de un vacío inmenso.

Al empezar el tercer acto, no tornaba aún Mauricio.

En la cámara nupcial, apenas iluminada, Elsa yacía en brazos de Lohengrin, desvanecida por el éxtasis. La luna hacía entrar en la alcoba chorros de claridad. Era el gran dúo de amor, cantado en la noche de bodas. El paladín, junto á la ventana, susurraba en los oídos de

Elsa el poema de la luna y de la noche... Pero ¡ay! raudos volaron los instantes y surgió la duda. Quiso Elsa romper el secreto de la existencia de Lohengrin y acabó el hechizo. Severo, con una doliente mirada en los ojos, y todavía tinta en sangre de Teramundo—que les sorprendiese en su retiro de amor—la espada centelleante, él apartó á la princesa, y hubo de entregarla á sus doncellas.

El ensueño se había desvanecido.

Río arriba, apareció de nuevo la barquilla tirada por el cisne. Ahí estaba, á la sombra de la encina, el rey Enrique. Caballeros de Brabante y de Sajonia, de regias armaduras y acerados cascos, constituían su corte...

Tras de los acordes característicos del cisne, vino el adiós de Lohengrin, entretejido con vagas reminiscencias del tema de Graal; adiós pleno de tristeza, del dolor infinito de la partida; del dolor que hizo caer muerta á Elsa cuando el guerrero se perdió en la lejanía del horizonte, de pie en el esquife, guiado ahora por la paloma simbólica...

Y Nita quedó ahí, inmóvil, anonadada, con deseos de llamar, de gritar... Mauricio no estaba ya en el palco. Mauricio se había marchado también, dejándola sola. ¿En dónde buscarle? ¿En dónde? Pero el temblor convulsivo que la sacudía calmóse de pronto, al escuchar junto á sí la voz del novelista, que decía excusándose:

—Perdona, mujer. La familia del director me detuvo. Vámonos. ¿Estás contenta?